

Elías Canetti, *El suplicio de las moscas*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1994, 155 p.

Juan Antonio Le Clercq

En agosto de 1994 murió Elías Canetti, último representante de la gran generación de pensadores centroeuropeos de entre guerras, la cual incluye personajes de la talla de Karl Kraus, Robert Musil, Joseph Roth, Franz Kafka y Herman Broch, entre otros. Su muerte, prematura a los ochenta y nueve años, es una pérdida irreparable: el mundo pierde una figura monumental que hizo de la vida el valor básico para enfrentar un siglo esencialmente nihilista, caracterizado por el afán autodestructivo del hombre.

El legado de Canetti es inmenso y de gran valía. Su obra, especialmente versátil, incluye novela (*Auto de fe*), teatro (*Comedia de las vanidades*, *Los emplazados*, *La boda*), ensayo (*La conciencia de las palabras*, *Masa y poder*), memorias (*La antorcha al oído*, *La lengua absuelta*, *El juego de los ojos*), crónicas de viaje (*Voces de Marrakesch*), relato (*El testigo escuchón*) y aforismo (*La provincia del hombre*, *El corazón secreto del reloj*).

Unos cuantos meses antes de su muerte se tradujo al español la tercera entrega de sus cuadernos de notas: *El suplicio de las moscas*, obra que recopila ensayos brevísimos, aforismos, pequeños apuntes e ideas representativas del pensamiento canettiano entre los años de 1986 y 1992.

En este nuevo texto la reflexión de Canetti se mueve esencialmente en torno a las mismas obsesiones omnipresentes en su obra: su batalla personal con el gran enemigo, la muerte, y su profundo amor por el hecho de estar vivo:

Quiero arribar a muchas visiones duras de la época, como Quevedo o Goya, y temerme tan poco como les temo a ellas. Quiero obligar a los demás a seguir viviendo, por muy menguadas que sean sus expectativas. Quisiera dar con un apocalipsis invertido que los libere de la amenaza que pesa sobre ellos. Quisiera ser fuerte y confiar.

Su profunda desconfianza hacia cualquier forma de poder: "Le gusta alabar a las personas que, de cualquier modo, no llegarán a nada. Pero se vuelve prudente cuando alguien da muestras de talento".

La curiosidad, ejercicio de imaginación continua, como punto de partida de todo conocimiento: "No siento ningún respeto por la realidad en cuanto se reconoce como tal. Lo que me interesa es lo que debo hacer con la realidad que desconozco".

El afán de rearticular el mundo como un todo a partir de la palabra: "Sigo sin guardarle rencor al lenguaje: la bestia triunfante de la técnica le ha restituido algo de su dignidad", pero reconociendo la temporalidad, la

fragilidad y los límites de cualquier conocimiento: "Con el saber el hombre se resguarda de la eternidad y cree alcanzarla".

Según Claudio Magris, germanista y canettiano, el pensamiento verdaderamente grande es el que se atreve a pensar el mundo como un todo, aun cuando ese esfuerzo esté condenado al fracaso o al ridículo. En este sentido la voz de Canetti no se ha apagado: mantiene toda su vitalidad y fuerza dentro de su peculiar melancolía: "Hay cierta tristeza en las palabras desnudas, pero yo no soy sastre, y antes que probarles un traje prefiero seguir triste". Porque ¿acaso se puede pensar el siglo XX sin caer en la melancolía, en las palabras desnudas y tristes?